

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. - Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 229

25 cts.



**VENENOS
DE LA DICHA**

FOR
Frank Mayo,
Sylvia Breamer,
etc.

Filmoteca
de Catalunya

HOIT, Harry

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 229

(THE WOMAN ON THE JURY, 1924)

VENENOS DE LA DICHA

Interesantísima comedia dramática,
de intensa emoción, interpretada por el simpático
y célebre artista FRANK MAYO y la bella actriz
SYLVIA BREMER.

Exclusiva del
Repertorio M. DE MIGUEL
(LA ARISTOCRACIA DEL FILM)



Consejo de Ciento, 292.—BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
BETTY BRONSON





VENENOS DE LA DICHA

Argumento de la película

Desde que hubo hombres sobre la tierra, siempre han sacrificado éstos todos los preceptos legales y todos los sentimientos morales, en aras de dos soberanas deidades: la Sensualidad y la Ambición.

Y si homicida se hacía la mano señorial en nombre de una rivalidad amorosa y amparada en las leyes del honor, también mataba la mano tosca, encallecida por el trabajo, disputando un puñado de oro.

Así lucharon los hombres, así luchan hoy y lucharán mañana; la lucha será eterna por la posesión de la mujer, fuego en las venas y del oro, sequedad en las almas.

* * *

Monte Carlo, la famosa *timba* europea, sostén del principado de Mónaco, donde se despojan de su antifaz hipócrita las pasiones humanas.

La *saïson* se halla en pleno apogeo, reuniéndose en torno al tapete verde lo más distinguido de la alta sociedad mundial: banqueros, aristócratas, los reyes del negocio y del dinero, y las grandes figuras de la política y del arte

Allí, ante aquella lujosa mesa de juego, Magda Barclay vé cómo el azar, para otros tan pródigo, acelera el término de una insensata temporada ostentosa llamada "vacación".

Daniel Barclay, su esposo, con más claro concepto de la realidad, halla la "vacación" viciosa, para quien como él, no es más que un asalariado, que dirige los trabajos de explotación de una mina ajena, a cuyos trabajos debe dedicar todas sus energías y actividades. Pero es que Magda teme que al término de sus vacaciones, ha de volver necesariamente a la forzada reclusión en el pabellón de su hotelito en la explotación minera, sin más distracciones ni alicientes que la lectura, algún paseo a pie o a caballo, un poco de música por las noches y los juegos y caricias infantiles de su hijito.

Pero siempre en aquel ambiente de trabajo y de producción, con las mismas gentes, las mismas cosas, y el ruido, el monótono y eterno ruido de aquellas perforadoras, cuyo martilleo constante e isócrono ataca los nervios y golpea los cerebros.

Daniel, aburrido, cansado de pasear y de fumar por el vestíbulo del Casino, penetra en la Sala de juego y aproximándose a su mujer, mira impasible el jugueteo de la bolita de marfil.

—Hoy no tengo la suerte propicia, Daniel: acabo de perder la última moneda...

—Una razón más para que preparemos las maletas... Anda, querida; vamos al Hotel... a ver si podemos partir mañana.

—Pero, Daniel... tan deprisa... así, tan de repente... No tengo absolutamente nada preparado para el viaje...

—No importa, mujer... Es necesario... entérate de lo que me cablegrafía Ortega; quiere que vuelva a la mina inmediatamente y tiene razón — y alargó a Magda el cable...

"Deseo vuelva usted inmediatamente a la mina; hay que montar la canalización y es usted preciso; Julito, contento, siempre con su viejo amigo Sem.— Ortega".

Y el instinto maternal reaccionó en Magda ante el nombre del hijo amado.

—Cierto, Daniel... Ya ves; con esta vida de constante agitación, casi me había olvidado del niño... ¡pobre hijito mío!...

* * *

Han transcurrido dos años, sin que los constantes trabajos de la explotación minera hayan consentido a Daniel Barclay, su Ingeniero Director, volver a disfrutar de otras vacaciones como las pasadas con su Magda en Monte Carlo y que constituyen para él grato recuerdo de unos días de descanso, y de solaz y distracción para la esposa, recluida por la abrumadora fuerza del cargo que su marido ejerce, en la tediosa quietud de un campo minero Sud-americano. El trabajo es enorme; el negocio, cada día ofrece mayores rendimientos a su propietario D. Manuel Ortega que, conocedor de la valía extraordinaria de su ingeniero, ha confiado a éste todo su capital e inmenso crédito, confianza a la que Daniel corresponde, poniendo al servicio de la misma todo su inmenso talento, su prodigio de actividad y su infatigable laboriosidad. La mina, para Daniel, independientemente del sueldo enorme que percibe, lo es todo; no tiene otro pensamiento ni otros afanes; ha entregado a la explotación minera su alma toda, por rendir culto al deber, para él primera religión y por asegurar el porvenir de su hijito Julio, en quien presiente un digno continuador de sus talentos y actividades.

No aprecia Magda del mismo modo los efectivos valores de la misma. El grato recuerdo de aquellos días de placer pasados en Monte Carlo, viviendo con la fastuosidad de una princesa entre las exhibiciones del lujo, la envidia de las mujeres y la admiración de los hombres; orgullosa de poder ostentar su belleza y las galas de su refinada educación, dejaron en ella más honda huella de lo que ella misma pudiera prever; ante el cálido recuerdo de aquella venturosa temporada, viviendo como Reina y Señora en aquel mundo de boato y disipación que es el suyo y que irremediamente la atrae con fuerza irresistible, es hoy el hogar frío y triste, monótona la existencia,

débiles los afectos, forzados los deberes, mitigadas las alegrías, más hondas las penas; y por si fuese poco el tedio y el hastio de aquella soledad en que vive, el desesperante y constante martilleo de las taladradoras, que más que en las rocas, taladran noche y día sus sienes, atormentando su cerebro su metálico tableteo. Contrasta con esta existencia de aburrimiento y desesperación, la vida del pequeño Julio, quien, plenamente feliz en sus juegos con el anciano obrero Sem, no tiene nostalgias que amarguen sus días, ni anhelos que inquieten sus noches.

Esta situación creada por el destino origina frecuentemente diálogos de este tenor:

—¡Qué vida ésta, Daniel! Esto es peor, mucho peor que una cárcel. Esto no es vivir, es martirio cruento, con que pones a prueba mi amor y mi paciencia.

—No sé por qué te quejas, Magda mía; tenemos más, mucho más de lo que pudimos apetecer; vives espléndidamente, con comodidades y confort; todos te quieren y respetan, tienes a tu hijo y tienes mi amor... ¿Qué más deseas?

—Sí, lo comprendo, Daniel; pero está esto tan lejos, tan aislado... sobre todo ese continuo e infernal estruendo de las taladradoras, que llevo metido aquí dentro y que no me deja vivir.

—No sé por qué has de quejarte siempre de esas máquinas que con todas sus molestias que no niego, son ellas las que nos dan el Oro y éste el bienestar que disfrutamos...

—Bueno, bueno, esposo mío... pero al menos permíteme, ya que es muy lógico y racional, que piense alguna vez en ese mundo que hay más allá de esas antipáticas rocas y en donde hay gentes cultas, elegantes, afectos, pasiones, lo que hace la vida amable y lleva al alma anhelos y esperanzas... Voy a ponerme, ¿quieres? este vestido de París; con él recordaré, nuestras horas alegres y dichosas de Monte Carlo...

—Como quieras; con todos los trajes y en todos los sitios, tienes tú siempre mi admiración y mi cariño...

—Sí, pero que te deje con tu oro, con ese maldito

oro, que es todo lo que tú puedes pensar; que tus máquinas atormentadoras den oro, mucho oro, aunque a mi me vuelvan loca... ¿Qué te importo yo?...

—Vaya, ya te has descompuesto y no atiendes razones...

Y Magda salió de la estancia, con la arrogancia que le prestan su esbelta figura y distinguidos movimientos.

Un criado anuncia D. Manuel Ortega, a quien el Ingeniero recibe afectuosísimamente, no sólo por ser el dueño de la explotación que él dirige, sí que también por corresponder al afecto y consideración con que aquél siempre distinguiólo.

—Bien venido, señor... ¡Cuánto me place y honra verle aquí otra vez!...

—El placer y el honor son míos, señor Barclay. Me agrada tanto ver las mejoras que constantemente hace usted en mi mina "La Esperanza", que acudo frecuentemente a ella, con el propósito de cambiarle el nombre, pues bajo la inteligentísima dirección de usted "La Esperanza" se ha convertido en hermosa "Realidad"...

—Muchas gracias, señor Ortega; no hago más que cumplir con mi deber; pongo, eso sí, al servicio de su negocio, todo cuanto puedo darle: mis conocimientos, mi actividad, mi constante trabajo...

—Lo sé, señor Barclay, y me siento orgulloso de que mi negocio esté confiado a su talento y, dígame: he visto mucho movimiento de tierras al Sur del coto de entrada...

—Sí; es el desmonte que estoy haciendo para la canalización; será una obra costosa pero que luego habrá de darnos un rendimiento fabuloso...

—¡Ah! ya comprendo; utilizar el agua para...

—Justamente; esto nos ofrecerá una economía en el gasto de combustible enorme, y con ello y el nuevo trazado del ferrocarril de exportación, creo lograr antes de dos años un beneficio sobre el actual, de más del 30 por ciento...

—Bravo, señor Barclay... yo también sabré recomendar sus nobles esfuerzos... ¡Ah, su señora!...

Magda entró en el salón ataviada con un suntuosísimo traje modelo Paquín de París con el cual

realzaba sus naturales y atractivos encantos. Quedóse sorprendida al hallarse frente a frente con el señor Ortega, por la indumentaria fastuosa con que se presentaba a la visita y porque hacía tiempo adivinaba en el señor Ortega un oculto deseo, que aunque hábilmente disimulado no podía pasar desapercibido a la ingénita perspicacia de una mujer.



—Efectivamente... pero es que a veces nos vestimos de gala para comer...

—A los pies de usted, señora Barclay.

—Señor Ortega... Perdonen ustedes que haya venido a interrumpirles...

—Nada de eso; habíamos terminado de cambiar impresiones con su esposo, sobre futuros adelantos en la explotación de los terrenos auríferos... y nos ha de ser muy grata su presencia.

—Muchas gracias, señor Ortega; usted siempre tan amable...

—Y como se conoce, amigo Barclay, que su espo-

sa tiene buen gusto y conserva hasta en este destierro las tradiciones de distinción y elegancia; esa *toilette* que usted luce no es muy frecuente por estos parajes...

—Efectivamente, señor Ortega... pero es que a veces nos vestimos de gala para comer, haciéndonos la ilusión de que así espantamos nuestra triste soledad...

—Tiene usted razón; para el señor Barclay, es tal su entusiasmo por la profesión, es tan grande su fe en el negocio, que para él la mina lo es todo y vive en este retiro contento y satisfecho, ya que en él tiene todo cuanto puede apetecer, contando a usted en primer término; pero para usted, ya es distinto; mujer, distinguida y elegante, uniendo a su belleza los encantos de su educación y costumbres del gran mundo, verse encerrada en una jaula siquiera ésta sea de oro, debe ser muy sensible, lo comprendo...

Y a apoyar esta lamentación vino el estridente tableteo de las taladradoras que era para Magda tortura de infierno.

Sonó el teléfono llamando desde las galerías el segundo ingeniero al señor Barclay, que con la venia del señor Ortega salió velozmente.

Solos y vis a vis, despertóse más fuertemente en ella el deseo de lograr emanciparse, y en él, el propósito ya hacía tiempo concebido, de hacer suya a aquella mujer cuya belleza y elegancia le atraían con fuerza irresistible. La ocasión, tantas veces buscada por Ortega y prevista por Magda, había llegado, y ante la dichosa realidad, sintióse ella un tanto cohibida, pues el terreno... era de suyo resbaladizo, y él decidido y audaz, dispuesto a aprovechar aquellos felices momentos que le deparaba su buena estrella.

El silencio era de sepulcro; Magda adivinaba—pues no se atrevía a mirarle—las miradas ardientes de deseo que la dirigiera Ortega, el cual no cesaba de admirar las esculturales formas de aquella mujer que lo tenía completamente loco.

Magda hacía la distraída hojeando al azar las páginas de una revista mundial, que evocaban en

ella otra existencia de dichas y placeres bien distinta a la suya...

Por fin rompió Magda la difícil situación.

—Ahora visita usted con mucha más frecuencia la mina; ¿han llegado verdaderamente a interesarle los trabajos, haciendo un gran honor al señor Barclay?

—¿Hará falta decir a usted, señora, que no es la mina ni el señor Barclay lo que me trae aquí con tanta frecuencia?

Y aproximó su confidente al que ocupaba Magda. Esta hizo un imperceptible estremecimiento producido por aquella frase disparada tan a quemarropa, y un ligero carmín tiñó sus blancas mejillas, previendo lo que ansiaba y temía, ya que en ella hacia tiempo luchaban el deber y el deseo.

Con muy mal fingido disimulo, no inadvertido por Ortega, dijo ésta:

—No sé, que no sean los trabajos de la mina o la amistad con mi esposo, qué pueda atraerle a usted, hombre de ciudad...

—Y ¿no ha podido usted aún adivinarlo?... ¡Ah, si usted se decidiera a salir de este lugar de suplicio! Joyas, lujos, placeres, cuanto usted ambicionara para ser dichosa... todo sabría dárselo mi amor...

Turbóse Magda, sin hallar la adecuada contestación, mientras en su ardiente imaginación fijóse la tentación de la vida soñada, apresando su voluntad entre sus falaces mallas...

Y al oírse en lontananza los pasos del ingeniero, dijola, precipitadamente, apoderándose de una de sus manos, el amante:

—Decídase usted, Magda... es la vida, la verdadera vida que yo la ofrezco con mi inmenso amor; a la noche esperaré con el auto en la verja del jardín posterior; hágame usted feliz...

Y estampó un ardoroso beso en aquella mano que también ardía, al tiempo que entraba en el aposento, confiado y sonriente, el mejor de los hombres.

* * *

Llegó la noche y aunque en el alma de Magda lucharon denodadamente el deber de esposa y madre con el atractivo de la vida de riquezas y de fausto que Ortega la ofrecía, seca su alma por el aislamiento en que vivía, triunfó el afán de vida y de placeres, y decidióse al fin a abandonar el hogar, a aquel esposo modelo y aquel hijo inocente, víctima propiciatoria de los malsanos anhelos de su madre.

Atavióse ligeramente: tomó de su *secretaire* los objetos más preciados y de valor y sigilosamente abandonó aquella estancia, templo que un día fuera de su felicidad y de su dicha.

Había escrito en un trozo de papel estas lacónicas palabras: "Daniel, perdóname y olvidame. — Magda" que dejó, sobre la *chaiselongue* en que descansaba el ingeniero, el que con sueño tranquilo y plácido estaba bien ajeno a la catástrofe que destruía su vida.

Fuera, junto a la verja del jardín situado a espaldas del edificio, esperaba el auto de Ortega menos tembloroso en su trepidar que la aguda impaciencia del seductor.

Sólo quedábale a la perjura trasponer una puerta, cuando sus pies tropezaron con un objeto metálico, cuyo sonido, al rodar por el pavimento, dejola paralizada. Era un juguete del hijito adorado que iba a abandonar. Mucho, muchísimo dolor costaba a su alma; pero surgía más fuerte el deseo de vivir... y aquello no era vida.

Y mientras ella corría hacia un mundo de fantásticas glorias y placeres, despertaba el marido en los umbrales del drama.

Al encontrar aquel papel revelador elocuente de toda su desgracia, toda la sangre de su cuerpo acumulóse en su cerebro y creyó volverse loco. ¡Su Magda, el supremo ideal de toda su vida! ¡Su amor, su alma toda! ¡La madre de su hijo querido!

Quedóse el desdichado ingeniero en un estado de inconsciencia rayano casi en la estupidez; su alma buena no pudo resistir al rudo agobio del dolor.

Magda y su infame seductor huían a toda marcha por las llanuras de la explotación, ella anhelando hallarse lejos de la venganza del ofendido esposo y él, con la esperanza de hacer pronto realidad sus sueños de ventura.

Mas, de pronto, inesperada e inoportuna *panne de*



Magda, apoderándose de un látigo, repelió la agresión...

tuvo el automóvil que quedó parado en medio de la carretera, siendo impotentes cuantos esfuerzos hiciera su hábil conductor, a quien no parecía contrariar tanto la avería como a su asustada compañera. Estaban frente a uno de los ranchos de la explotación y por lo tanto se hallaban en los dominios de Ortega y como quien dice, en su casa.

Ortega acompañó a Magda hasta el interior de la cabaña y volvió a salir para ver de reparar la *panne*.

Desolada, nerviosa e inquieta tanto por las graves circunstancias de su fuga como por la inesperada

avería del auto, sintió Magda sobre su alma la presión del delito cometido...

¿Dispuso el Cielo aquel alto en su huida hacia el mal? El hecho fué que a la luz de la reflexión, tiraron de su alma arrepentida el grande y sublime amor de madre y el fuego avivado de sus castos amores.

Completamente decidida a renunciar a su descabellado propósito se hallaba, cuando penetró Ortega en la cabaña, tranquilo y decidido, embriagándose anticipadamente en su codiciada felicidad.

Fuera, la noche era horrible; retumbaba el trueno y continuados relámpagos iluminaban con luz siniestra el fatídico lugar donde se intentaba cometer un adulterio.

—Ya estoy de vuelta; pero hay para un rato; la avería es de importancia y la noche por demás desapacible...

Magda, a quien la presencia de su odioso seductor dióle asco hasta de sí misma, con acento de convicción decidida y energía impropia de la debilidad de su sexo, dijo:

—Me había engañado yo misma, señor.... Quiero a los míos y estoy decidida a no pasar de aquí...

A lo que contestó con todo aplomo su cínico seductor:

—Pero... ¿creía usted que íbamos a seguir? Nunca pensé llevarla más lejos de esta choza...

—Luego, todo cuanto usted me ha prometido, ¿era sólo una superchería para hacerme caer en un lazo infame? Es usted un miserable, indigno, completamente indigno del amor de una mujer que todavía no ha dejado de ser honrada...

—Me había jurado que sería usted mía de grado o por fuerza y así ha de ser...

Y el malvado pretendió arrastrar a Magda hasta un cómodo lecho, previamente preparado en aquella humilde cabaña...

Magda desprendióse de los brazos de Ortega y aprestóse a la defensa; y como quisiera aquél repetir el ataque, Magda, apoderándose de un látigo, repelió la agresión con sin igual bravura; pero a los primeros golpes que azotaron su rostro, Ortega sin-

tióse tan cobarde para la defensa como lo había sido para la deslealtad.

Derribado por un certero golpe de Magda y casi perdido el conocimiento, pudo ésta ganar la puerta y lanzarse al campo en aquella noche de horrible tormenta tanto para los elementos como para el alma.

* * *

El temor a ser perseguida y el ansia de volver a dar a su alma el calor del hogar habían lanzado a Magda a una carrera loca, sin orientación alguna en una lóbrega y tormentosa noche que hacía doblemente penosa la marcha por aquellos desolados campos de la explotación.

Un deseo, un vehementísimo deseo se sobreponía a todos los demás: el de ver pronto, cuanto antes, al hijito adorado, a aquel pedazo de sus entrañas que ella, ciega un momento, se dispuso a abandonar; todas las penalidades de aquella horrible noche daría por bien empleadas, al volver a estrechar entre sus brazos a aquel hijo querido.

Barclay, al despertar de lo que a él pareció horrible pesadilla y darse exacta cuenta de su triste situación, encerróse en un sombrío mutismo; y Julio, comprendiendo en su precocidad infantil que la tragedia, sin alterar apenas la faz del padre, había roto su corazón, no se atrevía a proferir palabra ni a romper aquel silencio...

La aurora halló a Magda Barclay tendida sobre el camino, completamente ilesa pero con la memoria perdida. Era como si para ella comenzase una nueva existencia y el recuerdo de la pasada se hubiese hundido en abismos insondables, y unas horas después la infeliz era un número y una filiación incompleta en una casa de Caridad, a donde fué llevada por las caritativas almas que la recogieron; y como nadie pudiera dar razón de aquella desgraciada, figuró desde aquel infausto día en la tablilla del "Asilo de pobres del distrito" con la siguiente filiación:

"Número 61.

Nombre: desconocido.

Naturaleza: desconocida.

Nacionalidad: inglesa.

Observaciones: enferma de caridad.

Encontrada junto a la carretera, herida en la cabeza. Amnesia total."

Instalada en el Asilo, Magda no daba señal alguna de viva revelación; era solamente un ser animal, sin emociones ni sentimientos, sin la menor conciencia de sus actos...

Inútilmente trataba la piadosa ternura de las hermanas, de despertar sus recuerdos. En las tinieblas de aquel cerebro, muerto para el ayer, no penetraba un rayo de luz.

Perdida la memoria, nadie podía penetrar en el misterio que encerraba la situación en que fué hallada la enferma. Jamás una palabra, un nombre, una fecha. Sin embargo, todos en el Asilo se interesaban por la enferma como previendo que era víctima de alguna gran desgracia o de alguna grande infamia. El médico director del Asilo, competentísimo en esta clase de enfermedades y hombre conocedor expertísimo del mundo y sus falacias, abrigaba la esperanza de que Magda algún día recuperase el pleno uso de sus facultades mentales, y no ignoraba que para ello sería necesario alguna impresión brusca, violenta, algo que conmoviera hondamente aquel cerebro dormido, mas no atrofiado.

Daniel Barclay supo hacerse fuerte a su desgracia y, sobreponiéndose al dolor, trató de hallar una explicación a la fuga de Magda, explicación que no podía hallar por más que daba vueltas a su imaginación, pues jamás pudo sospechar que fuera capaz de hacerla olvidar sus deberes el descontento de vivir reclusa en aquella soledad de la explotación.

Poco a poco, fué coordinando ideas y comprendiendo detalles que antes le pasaran desapercibidos y creyó estar en posesión de la única pista concebible. Allí había un hombre que quiso poseer la belleza de Magda, explotando su descontento de la vida de aislamiento que en la mina llevaba, y su justificado deseo de lucir y figurar en el mundo en que por su posición se había criado y había vivido desde niña.

Y aquel hombre, no podía ser otro que Ortega, aunque parecía inconcebible tamaña infamia, en quien era su jefe y le llamaba su leal amigo.

Daniel dejó la mina para comenzar sus indagaciones y, dominado ya por la convicción de que su rival era el señor Ortega, llevando consigo a Julito al que jamás ya abandonaba, encaminóse resueltamente a la capital, situándose frente a la suntuosa mansión en la que Ortega gozaba una vida de fausto y disipación, que le permitía su cuantiosa fortuna.

Ardía de impaciencia y dejando acomodado en un banco a Julito, díjole:

—No te muevas de este asiento, hijo mío; volveré en seguida — y resueltamente penetró en la mansión de su jefe, sin que, conocido por todos, nadie osara impedirle el paso.

Violentemente penetró en el despacho de Ortega al que realmente sorprendió la llegada de su ingeniero en tan hostil actitud.

Barclay le dijo con imperativo tono:

—¿Qué ha hecho usted de mi mujer? Responda...

—¿Cómo quiere que yo sepa de su mujer, pobre loco?

—Usted no podrá decírmelo, pero yo sabré averiguarlo, después de haberle roto a usted el cráneo...

Ortega, de suyo y como todos los infames, cobarde, quiso esquivar la pelea, y se dispuso a tocar un timbre, pero Barclay pudo impedirlo, y asiendo fuertemente a Ortega por el cuello, pretendió derribarlo; pero el instinto de conservación dió fuerzas al malvado que por salvar la vida se defendía desesperadamente, mientras Daniel luchaba con rabia olvidando que su jefe era en aquella comarca señor de vidas y haciendas, árbitro de libertades, definidora de leyes su voluntad, inviolable su autoridad suprema.

Por fin, al ruido de la lucha, llegaron servidores de Ortega que detuvieron y maniataron al que creyeron asesino de su amo. Este, presa de la más insensata rabia y dominado por horrible sed de venganza le dijo con acento de suprema justicia:

—Atentando contra mi vida, insensato, aceleraste el final de la tuya! ¡Estarás pudriéndote en un ca-

labozo, hasta que mueras — y el desgraciado Barclay fué conducido a las prisiones.

Cuando ya el pobre Julito, entristecido y acogojado, comenzaba a llorar la tardanza de su padre, acertaron a pasar por allí una bailarina y un músico, individuos de esa nutrida falange del arte ca-



...acertaron a pasar por allí una bailarina y un músico...

lejero que solaza al público por unas cuantas monedas. Bohemios errantes, sin patria ni hogar, recibiendo el aire de todos los climas y el sol de todos los países, fijaron su atención en el chiquillo que desde el primer momento interesóles, especialmente por las lágrimas que vertía, llanto de verdadero desconsuelo.

—Oye, pequeño — díjole la bailarina—. ¿Por qué lloras? ¿Quieres decírmelo?... Anda monín, nosotros te queremos...

—Lloro, porque me han quitado a papá y a mamá...

—¿A papá y a mamá? ¿Y quién te los ha quitado?

—A mamá, no lo he sabido nunca, pero a papá, lo han debido de coger aquí, porque me trajo a este banco y ya no ha vuelto...

—Ea, no te apures... Nosotros te querremos mucho y veremos a ver si hallamos a tu mamá y a tu papá. Vente, vente con nosotros — y la caritativa bailarina dijo a su compañero:

—Puesto que ha perdido el pobrecito a sus padres, nos llevaremos a esta linda criaturita. ¿Te parece?

Asintió el músico y se llevaron consigo al pequeño, que habiendo hallado decidida protección, cesó de llorar y cogiéndose de las manos de sus protectores, supo decirles:

—Sí, sí, con vosotros. Yo también sé bailar y hacer volatines; me enseñó el viejo Sem en la mina.

No pudieron comprender los bohemios lo que el chiquillo decía y fuéronse con él contentos y esperanzados porque habían por casualidad aumentado el elenco de la compañía artística.

Sucedíanse los meses y la "Señora extranjera", como llamaban a Magda en la Casa de Caridad, seguía siendo para todos un enigma indescifrable encerrada siempre en un doloroso mutismo. Sus ojos claros y hermosos vagaban por el espacio sin expresar ni deseos ni admiraciones; de sus labios sólo salían palabras incoherentes e imprecisas que ninguna luz arrojaban sobre su triste situación. No obstante hacía algunos días que parecía atender más las indicaciones de las hermanas y comprender mejor cuanto estas en su cariñoso afán la explicaban, sobre cosas u objetos que la rodeaban; estaba en un estado de infantil inconsciencia, pero claramente se adivinaba que aquel cerebro no estaba totalmente perturbado y cabía la esperanza de que algún día la luz de la razón penetrase en él y Magda volviera a la realidad de la vida; en ello confiaba plenamente el sabio doctor director del Asilo.

Una de las alas del edificio del Asilo, había sido habilitada para prisión, en la que se custodiaba a los forzados que por delitos generalmente de sangre, tenían que trabajar de sol a sol en trabajos ma-

nales, rudos y pesados, a los que muchos de aquellos desgraciados no podían resistir y sucumbían víctimas de la justicia de los hombres, siendo no obstante para ellos la muerte una ansiada liberación.

Entre los forzados, hecha realidad atormentadora la amenaza de Ortega, estaba Daniel Barclay, condenado a trabajos forzados por la alta influencia del minero, primera personalidad de la comarca, que así saciaba su sed de odio y de venganza.

Al desgraciado Barclay, anonadó más, mucho más su forzada reclusión, que el dolor de la deshonra de la esposa, a la que jamás inculpó de este delito, pues claro estaba que solamente había sido un lazo hábilmente tendido a Magda por el millonario minero para satisfacer sus torpes apetitos.

Un día, Magda, asomada a una de las ventanas de la sala de costura del Asilo, donde pasa horas y horas con las hermanas, fija su vista en la puerta de entrada al patio, en ocasión en que salían en filas atados de dos en dos los pobres forzados. Pareció como que Magda interrogase con la mirada penetrante de sus ojos inexpresivos a la monjita que la acompañaba constantemente, y ésta, creyendo adivinar su pensamiento, gozosa de que la enferma manifestase, siquiera fuese imperceptiblemente, un deseo, la dijo:

—Son hombres malos, que cometieron delitos, y la ley los castiga, separándolos de la sociedad, para que no la contagien con su ejemplo.

A la buena monjita, pareció que la enferma había comprendido su explicación y hasta creyó percibir un ligero mohín de disgusto marcado por un levísimo rictus de dolor y hasta que se entristecía su mirada...

En tanto que los esposos Barclay, cada uno por su lado, sufren el peso de su horrible desgracia, su hijo Julito, recogido por los cómicos ambulantes y asimilado ya a las costumbres y trabajos de los pobres bohemios, constituía para todos los públicos curiosa atracción tanto por su belleza física, como por su simpatía y precocidad, siendo sus gracias unánimemente celebradas.

Pocos días después de las escenas narradas, vol-

vían a la prisión los infelices penados, consumidas sus fuerzas por un trabajo rudísimo bajo el látigo inclemente de los guardianes, apretujados en el cochecamión. No obstante la fatiga y el cansancio, algunos de aquellos desgraciados aun miraban, a través de las celosías de las ventanas del coche, el movimiento de las calles, el deambular de las personas, las tiendas, los edificios, con mirada de tristeza y de envidia hacia aquellas gentes que gozaban de la inapreciada y hermosa libertad. Daniel Barclay diariamente ocupaba una de aquellas ventanillas, y al volver del penoso trabajo escudriñaba con ávida mirada las gentes que cruzaban al paso lento del vehículo, siempre con la remota pero no perdida esperanza de ver algún día a los seres queridos que había perdido tal vez para siempre.

Al atravesar una calle que desembocaba en una espaciosa plaza, llegó hasta el coche prisión el rumor característico del regocijo público en la cercana plaza y el sonido agudo y estridente de una corneta y un tambor. Eran los saltimbanquis.

Al desembocar el carruaje de los penados en la plaza junto a la muchedumbre, Daniel pudo ver claramente al chiquillo que pasaba la bandeja y que no era otro que su hijo Julito. Su alegría fué tal, que dando un brusco salto, obligó a ponerse también en pie al compañero que iba con él atado de la muñeca, un pobre viejo que no pudo comprender qué sucedía a su compañero. Su alegría fué inmensa, pero inmediatamente sofocada por la imposibilidad en que se hallaba de acudir al lado de su hijito; su desesperación no tuvo límites y como gritase y gesticulase como un loco, tuvo que llamarle la atención el látigo del vigilante; y como el vehículo se alejaba, sus llamadas angustiosas no llegaban al niño hacia el que en vano se extendían sus manos implorantes. Tuvo, aunque con desesperación y rabia, que volver a la horrible realidad y desplomóse sobre el asiento, no hallando más consuelo a su tremendo dolor que la compasiva mirada de su compañero que había podido comprender desde el brusco tirón que le obligara a levantar, que aquel hombre desgraciado como él pasaba por una de las hondas crisis de la vida.

Pero aun le deparaba al desgraciado ingeniero, mayores dolores el destino. Al llegar el coche celular al patio del Asilo, descendieron lenta y difícilmente los penados y al levantar Barclay su mirada hacia los cielos, vió en la ventana del cuarto de costura de las monjas la figura inconfundible y querida de su Magda. Y al choque de sus miradas brotó la chispa que había de iluminar con fulminea rapidez la cerrazón de noche de su memoria, y en el alma de Daniel penetró un vivísimo rayo de esperanza, borrando instantáneamente de su cerebro la idea fatídica de la muerte.

Pasada la violencia del choque, Magda rompió a llorar, con llanto suave, tranquilo sedante, expansión de su alma angustiada, pero que volvía a la vida y hacía despertar del sueño en que estuviera sumida su razón. El doctor que acudió llamado por las hermanas, al comprobar la realidad de sus esperanzas sólo dijo:

— ¡Está salvada!

Desde aquel momento ya no podía Magda resignarse a la reclusión del Asilo; ni aun las atenciones y consuelos de las buenas monjillas podían satisfacerla, y hasta el ruido antes desapercibido de la máquina de coser pareció entonces el de aquellas taladradoras malditas que igual que en la piedra bataban sin piedad en su cráneo, en su alma. Sólo anhelaba ya la libertad para acudir a procurar por todos los medios la de su pobre Daniel, del esposo querido, víctima inocente de su extravío de un momento, culpa que ella sabría reparar con toda una vida de sacrificio y abnegación... ¡Oh! ¡Qué crueldad! ¿Por qué lo encerraban en aquella cueva negra, antro de horror, tumba de vivos? Ella protestaría contra la horrenda crueldad cometida contra el más digno y mejor de los hombres; ella lograría la libertad del esposo adorado... y también sabría hallar al hijo de sus entrañas también perdido por su culpa. ¡Pobre hijito! ¿Qué sería de él?

Las fortísimas impresiones recibidas se tradujeron en honda crisis nerviosa, que la postró en el lecho adonde fué llevada por las monjas, que contentísimas por su curación velaron solícitas su descanso;

y de los labios de la enferma y con voz casi imperceptible salieron dos nombres amados: ¡Daniel! ¡Mi hijo!

Al día siguiente apareció en la tablilla la ficha exacta de Magda que dejaba de ser el número 61 y que decía:



...pero no olvide usted que su marido fué encarcelado porque intentó matar al señor Ortega...

Núm. 61. — Se le dió el alta.

Nombre. — Sra. Barclay.

Naturaleza. — New York.

Nacionalidad. — Americana.

Observaciones. — Enferma de Caridad, encontrada junto a la carretera.

Herida en la cabeza. — Amnesia total.

Magda, al salir del Asilo, comprendió que hallándose sola, desamparada y sin conocimiento alguno en

aquel terreno, no tenía más apoyo que el del Cónsul de su país, apoyo que en aquellas horribles circunstancias estaba segura de hallar.

Encamináronla al consulado americano y solicitó una entrevista con el cónsul que recibíola cortésmente, y que escuchó atentamente cuanto Magda le expuso de su tragedia, pero que le contestó friamente, con evasivas, procurando esquivar su intervención en aquel intrincado asunto.

Magda, presa de la más horrible angustia, dijo:

—¿Y nada puede usted hacer para devolverme a mi marido?... ¿Es que el Cónsul de nuestro país no tiene el deber de amparar nuestros derechos, y más cuando estos se invocan en nombre de la más estricta justicia?

—Lo tiene, sí, señora, pero no olvide usted que su marido fué encarcelado porque intentó matar al señor Ortega, el hombre de más prestigio de la ciudad... y yo no encuentro medio de ayudar a usted...

Y dió por terminada la entrevista.

Grande impresión produjo en Magda esta no esperada desilusión, pero se juró a sí misma ya que era ella la causante, obtener al precio que fuese la libertad del esposo.

* * *

No satisfecho todavía el cruel Ortega, con que hubiese sido condenado el ingeniero Barclay a trabajos forzados, logró que éste fuese encerrado en uno de los calabozos lóbregos, húmedos y cruelmente insalubres de la prisión de San Felipe. Este horrible antro no tenía más comunicación que un estrecho boquete que daba difícil acceso a otro contiguo que a la sazón ocupaba un desgraciado anciano que llevaba en él ya varios años.

Daniel, al verse encerrado allí, encerró también para siempre sus esperanzas, cuando por haber visto a su hijo y a su esposa eran más vehementes y alentadoras. Comprendió que no había medio alguno para salir de aquel encierro y otra vez y como único remedio posible a sus sufrimientos, volvía a germinar en su cerebro la idea de la muerte.

El mismo día de su ingreso en el calabozo apercibióse de la presencia de su vecino, y aunque le fuera al pronto repulsiva la compañía de un penado, al menos era un consuelo dada la horrible situación en que lo había colocado la desgracia. Pasando aunque con dificultad por el estrecho boquete, conoció al ocupante del otro calabozo, un viejecito, venerable y simpático, víctima como él de la injusticia de los hombres, y, por azares del destino, por las infamias del mismo culpable, el desalmado Ortega, que había hecho con el viejo lo mismo que con él: mancillar su honra y además encerrarlo cruelmente.

Muy pronto prendió en sus corazones no ya la simpatía, si que el afecto verdadero que sabe unir en la desgracia más que en la opulencia las almas nobles y los corazones generosos.

Juntos pasaban el tiempo, especialmente las noches, exponiéndose sus cuitas y procurando consolarse mutuamente; y en medio de su desgracia, tuvieron inmensa alegría y gran consuelo cuando supieron que eran víctimas los dos del mismo infame culpable.

Y fué así: un día leía el viejo un periódico mientras Daniel pensaba en su Magda y en su hijo; de pronto el anciano lanzó una exclamación y dirigióse al ingeniero:

—¡Mira, Barclay, mira! El señor Ortega va a cársese, lo dice este papel.

—¿El señor Ortega? — preguntó sorprendido Daniel.

—¡El señor Ortega!... ¡El ladrón que después de robarme mi hija, mi única hija, me envió a morir a esta horrible cárcel!

Unidos en su misma desgracia, prestáronse mutuos consuelos, si bien los que el viejo prodigaba a Daniel no hallaron en éste gran acogimiento ante la absoluta imposibilidad de lograr su unión con los seres queridos.

Una noche en la que el viejo animaba a Daniel prometiéndole la tan ansiada libertad, promesa que Daniel escuchaba incrédulo porque no concebía medio alguno para poderla lograr, cogióle de un brazo y aproximándolo a su camastro, que apartó a un lado, quitó una esterilla cubierta de unos puñados

de paja, y dejando al descubierto un regular agujero dijo a Daniel:

—Mira, Daniel... eso es la libertad... tu venganza y la mía...

Barclay, con los ojos fuera de las órbitas, miraba el agujero comprendiendo en un momento que aquel boquete abierto por la paciencia de aquel anciano, efectivamente significaba la libertad, la vida, la felicidad, el amor.

—¿Qué es eso, buen amigo?

—Es la obra magna de un padre ultrajado que no quería morir sin realizar su venganza. ¡Si supieras cómo he trabajado para hacer esto! Años enteros he quitado horas al descanso minando la tierra, en locas ansias de libertad! Yo que por mis años ya estoy cerca de abandonar este mundo, pedí a Dios diariamente me conservase la existencia hasta ver realizado mi sueño, pero ya creo estar cerca de mi ansiada felicidad... — y lágrimas de alegría surcaban las arrugadas mejillas del anciano.

Hondamente conmovía a Daniel el dolor del viejo. Las lágrimas de éste, arrancadas por el mismo hombre que envenenó su dicha, eran gotas de plomo hirviendo sobre la abierta herida de su corazón.

—Sois todo un hombre — díjole Barclay—, digno no sólo de mi admiración, sino, por lo que acabais de hacer, de mi afecto, verdaderamente filial.

—Es que tú has sido en mis últimos días el consuelo; es que tu dolor es hermano del que yo sufro; es que fuimos ambos víctimas del mismo miserable que destrozó nuestras vidas, es que tú también eres un hombre bueno, todavía joven, que aun puedes a despecho del infame rehacer tu vida, ser feliz con tu mujer y con tu hijo... Y... no hablemos más de eso... Nuestra venganza se acerca, yo soy viejo y me acongoja un solo temor; yo he sido un gran tirador de cuchillo, pero ahora mis manos tiemblan... los sufrimientos... los años... pero creo que aun... Voy a probar...

Y sacando un afilado cuchillo de debajo de la colchoneta de su camastro, hizo sobre la puerta un círculo pequeño con un trozo de hierro, y comenzó a tirar velozmente su cuchillo con tan rara puntería

que todos los golpes fueron a clavarse en el interior del pequeño círculo.

—¡Aun sé, compañero! — exclamó el viejo con salvaje alegría—. ¡Aun no marro el golpe!... ¡Todavía puedo acertar a un corazón!...

Y ya de acuerdo convinieron en la forma y modo cómo habrían de realizar su fuga.



—¡Aún sé, compañero!... ¡Todavía puedo acertar a un corazón!...

Julito, el hijo del matrimonio Barclay seguía siendo la verdadera atracción, el mayor encanto del trío yagabundo. Para él había siempre aplausos, caricias, dinero... Una tarde los cómicos callejeros terminaban su representación y Julito, como siempre, recorría el corro de espectadores alargando la bandeja, solicitando, con dichos y expresiones ocurrentes que hacían reír a las gentes, el óbolo merecido a su trabajo.

Magda, que buscando medio para poder libertar al

esposo, abrumada por el infortunio, llegó hasta el radio de la cuestación infantil, reconoció a su hijo, y éste a su madre; no tuvo fuerzas para hablar, pero el poema de ternura de su mirada triste y condolidada, vibró en el alma del hijo como un grito de amor... Madre e hijo se estrecharon en un fuerte y prolongado abrazo...

¿Qué suspendió de repente... ritmo cadencioso de la bailarina y borró de sus labios el gesto halagador? Había visto... y había adivinado.

Magda, repuesta de la emoción que el hallazgo de su hijo la produjera, comiéndoselo a besos preguntóle:

—¿Y papá, hijo mío? ¿Qué sabes de papá?

A lo que el pequeño sólo sabía contestar:

—Papá me dijo un día que le esperara en el banco... y nunca más volvió...

Julio y su madre llegaron adonde estaba la bailarina y con desbordante alegría le dijo el chiquillo:

—Es mi mamá aquella... Ahora no está perdida...

Magda y la bailarina se abrazaron, e incapaces de acento la alegría de la madre y el pesar de la artista, fundieron así las hondas emociones del instante sentimental. Y fué entonces, cuando forjado de nuevo el corazón sobre el yunque de la desgracia, tuvo Magda por el más alto placer de su espíritu el amor de madre.

Las expansiones entre madre e hijo eran tiernas y conmovedoras, pero quedaba a Magda la realización del rescate del esposo, costase lo que costase. Y así dijo a Julito:

—Ahora mamá tendrá que dejar solo un momento a su hijito... para ver si salva a papá...

Aquella noche, cuando todo dormía en la prisión de San Felipe, y aprovechando el estruendo horrisono de la noche tempestuosa, el viejo penado despertó a Daniel que dormía soñando en los seres queridos, con estas palabras:

—Vamos, Barclay... ya es hora...

* * *

El viejo penado y su compañero Barclay, trémulos de emoción y conteniendo la respiración, comenzaron el difícil y peligroso descenso por el agujero abierto en el pavimento de la prisión...

Después de cien sobresaltos y temores ante el miedo de que fuese advertida su huída, pudieron llegar al exterior, en el preciso momento que un centinela daba la voz de alarma y rápidamente poníase en movimiento todo el personal de la prisión, lanzándose varios en persecución de los fugitivos.

En la noche tempestuosa la persecución de los evadidos adquiría al resplandor fugaz de los relámpagos un claroscuro siniestro, un terrible aspecto de visión dantesca. La fuga en tales circunstancias y en aquella horrible noche era para abatir el ánimo más sereno y acongojar el alma más templada; pero podía más en aquellos dos hombres el ansia de libertad para poder realizar su santa venganza.

Magda, que al encontrarse con su hijo había adquirido mayores bríos y aumentado su decidido propósito de rescatar a todo precio al esposo querido, no halló la infeliz, sola y sin el menor apoyo, mejor recurso que parlamentar con el infame causante de sus desgracias, teniendo como única y sola esperanza el llamar al corazón de Ortega, con palabra suplicante, con lágrimas de verdadero dolor... o con el sacrificio.

Y en tanto su pobrecito hijo no podía dormir de inquietud. Asaltábale el temor de que también su madre le hubiese dicho de esperar para nunca volver.

Llegó Magda al hotel del opulento Ortega y pronto estuvo en su presencia. Aquel hombre que quiso manchar su honor de modo alevé y que había destruido su hogar, le causaba verdadera repulsión, pero propuesta a continuar su obra costase lo que costase, se hizo fuerte dispuesta a todo.

Recibióla Ortega friamente, sin denotar el más leve signo de deseo ni de pasión.

—¿A qué debo tan innmerecido honor? — díjola

sin atreverse siquiera a mirar aquellos ojos que fueran su delirio, ni a contemplar aquellas formas que le tuvieron loco de sensual amor.

—Vengo a rogar a usted que me devuelva a mi



Y en tanto su pobrecito hijo no podía dormir de inquietud...

marido... a pedirle gracia para él, en nombre de mi vida y de la del hijo de mi amor.

—¿Viene usted a ofrecerme lo que de modo tan violento supo usted rechazar? Hoy las circunstancias han variado y aunque yo quisiera, nada podría hacer en su obsequio. Usted es la sola culpable de todo el desastre que derribó su hogar; Barclay quiso ma-

tarme y es justo que pague su delito. Usted no supo apreciar en su justo valor el amor que la ofrecía, con toda una vida de lujos y placeres, y labró usted su propia ruina.

—Efectivamente, no plegarme un día a los caprichos de usted, nos trajo el infortunio. Hoy por la libertad de Daniel, lo daría todo... ¡todo!

Y la infeliz tuvo que acudir a secarse las lágrimas, que ante el horrible dolor que su ofrecimiento produjera en su alma escapábanse de sus divinos ojos.

Ortega, que ante la presencia de aquella mujer había vuelto a ser el hombre vicioso y libertino nunca cansado del placer, quiso aprovechar las circunstancias en que aquella infeliz mujer se le entregaba, y, a ello decidido, dulcificó su actitud y aproximándose a Magda intentó tomar una de sus manos, pero en el mismo instante Magda retrocedió un paso, y con la vista fija en un punto del salón lanzó un grito que no supo guardar su corazón. El pequeño grito irreprimible que escapó de sus labios delató a Ortega la presencia del vengador, que libre con su anciano compañero de la persecución de sus guardianes, había llegado aunque en lastimoso estado a la mansión donde se pretendía finiquitar el crimen. El vivísimo deseo de vengar pronto su honor había hecho que Barclay se adelantase a su anciano compañero.

Ortega, inmediatamente y al reconocer a su ingeniero, dióse cuenta exacta de su difícil situación y mientras Magda quiso acudir a los brazos de su esposo, aquél intentó apoderarse del timbre. Pero no le dió tiempo el coraje de Daniel; echóse sobre él con ansia loca, con rabia felina, fuertemente agarrados los dos rivales. La lucha era feroz, violenta y a muerte, mientras la pobre Magda se desvanecía de dolor. En una de las violentísimas sacudidas que Ortega en su desesperación dió al cuerpo de Barclay, rápidamente y apoderándose de un estilete, intentó agredir a su rival, el que apercibido de la maniobra redobló sus esfuerzos y en un último arranque de energía y de valor apoderóse del cuello de Ortega. No, no heriría su carne el malvado que destruyó su alma. Garras eran los dedos de Barclay, cuya

presión de hierro abortaría el intento criminal de aquel malvado. Pero ya una mano senil, que hacía fuerte un rencor santo, prendía en el marco de la abierta vidriera. Y penetrando por ella violentamente con agilidad impropia de sus años, el noble anciano compañero de infortunio del ingeniero pudo asestar



Comprendiendo Barclay las razones del anciano...

al desalmado Ortega certero golpe que lo derribó al suelo, haciendo ya innecesaria la presión de los dedos de Barclay que abrazó al anciano y acudió a su esposa. Aquella muerte era la única felicidad que anhelaba el pobre viejo. Era el reposo del deber cumplido... ¡Aquel momento, valía por toda una vida de amarguras!

El pobre hombre, contemplando el inerte cuerpo del minero, sólo pudo, elevando sus ojos al cielo, decir, con el tono de la más grande contrición:

—Gracias, Dios mío! ¡Tu justicia ha prolongado mis años para que vengara el ultraje!

Pero el momento era decisivo y peligroso; acudían apresuradamente los servidores de Ortega y era necesario escapar a la acción de la justicia; y como Daniel intentara llevarse al viejo, díjole éste con toda calma, como si su decisión fuese totalmente definitiva:

—No os detengáis y salvaos. Os aguarda la ilusión y a mí nada me queda ya en el mundo... ¡Ya acabó mi misión en la vida!

Comprendiendo Barclay las razones del anciano y aun con el más vivo agradecimiento salido del fondo de su alma hacia aquel noble viejo que llevaba hasta lo sublime el sacrificio, pudo más en él el instinto de conservación y el amor que triunfante le aguardaba de la esposa y de su hijo; y huyeron al penetrar en el salón la turba de servidores de Ortega que quedaron en el dintel sorprendidos ante aquel espectáculo. Los ojos que interrogaban la incógnita de aquella muerte, tropezaron con el viejo que, imagen petrificada de la resignación, esperaba su destino.

Y al otro día, espléndido de sol, radiantes de alegría y felicidad sobre la toldilla de un vapor, veíanse abrazados al matrimonio Barclay y al pequeño Julito, que con miradas de alegre melancolía veían alejarse aquella tierra en la que el Destino deparóles tantos sufrimientos. Y dejaban atrás aquel país odioso, sintiendo renacer en sus almas algo inefable, cual nueva florecencia de ventura.

FIN

Revisado por la censura gubernativa
Prohibida la reproducción.

Próximo número EXTRAORDINARIO

Sábado, 31 del corriente julio
La monumental película dramática

LA CRUZ DEL GRAN DUQUE

Creación de los célebres artistas
Lowell Sherman, Pauline Garon, Gerfrude Astor, etc.
ÉXITO ENORME DE EMOCIÓN

64 páginas - Portada bicolor - Precio: 50 céntimos
Postal-fotografía regalo: DUSTIN FARNUM

Compre usted el mismo sábado, día 31 del corriente,
este precioso número EXTRAORDINARIO

¡Siempre las mejores películas!

Coleccione usted los sugestivos libros de la
BIBLIOTECA *Los Grandes Films* de
La Novela Semanal Cinematográfica

Titulos de los libros últimamente publicados:

El difunto Matías Pascal
La marca de fuego
Los Hijos de Nadie
Pescador de Islandia
La 8.^a mujer de Barba Azul
El Beso de la Victoria o La
Corte de Luis XV

Próximamente: *El proceso de Nancy Preston*

SIEMPRE LO MEJOR DE LO MEJOR